



UN HUEQUITO PARA MIRAR A QUITO

Jorge Enrique Adoum

Seguramente no hay ciudad en América Latina –tal vez México, Buenos Aires, Río de Janeiro...– que haya sido tanto como Quito tema predilecto de los poetas, desde diversos aspectos: la formación y transformación de la ciudad, las figuras inseparables de su historia, las formas de vida, plácidas o crueles, que se ocultan en sus casas o transcurren en las calles. Con libros enteros –*El gallo de la catedral*, de Jorge Carrera Andrade; *Quito, arrabal del cielo*, de Jorge Reyes; *Ciudad en vilo*, de Filoteo Samaniego; *Esquitofrenia*, de Ramiro Oviedo...– o partes de libros –*Tiempos mayores*, de Humberto Vinuesa, *Antología personal*, de Hugo Alemán...– volviendo recurrentemente a los mismos temas o con poemas aislados, son pocos los poetas de Ecuador, desde la Colonia hasta hoy, que no hayan, en algún momento de su obra, tomado a Quito como primera palpitación del poema o como destinatario de su canto, se trate de una epopeya (*La Quiteida*, de Remigio Romero y Cordero, 474 páginas de las cuales se ofrece aquí apenas una muestra) o de una viñeta (las numerosas evocaciones de Mariana de Jesús), de poemas torrenciales de protesta colectiva, crítica histórica o queja individual... De ellos, el texto más antiguo (1861) que recoge la presente antología, el de Juan Bautista de Aguirre –considerado inicialmente como “un poemita burlesco”, tomado de *Breve diseño de las ciudades de Guayaquil y Quito* pese a que se ofrece como el “Extracto de una carta poco seria...” de su autor–, podría inscribirse entre los de crítica exagerada debido, según Filoteo Samaniego, a que su autor “la vio con desamor”, a que “no supo caminarla, / ni puso el corazón en el suelo; / y por no dar un paso en falso, / llenó a la urbe de denuestos”. Se incluyen ése y otros textos en un volumen de inevitable exaltación de la ciudad, porque ella se enorgullece también de que la subversión haya sido rasgo

constante de su historia y casi una definición de sí misma: la rebelión de las Alcabalas, la de los barrios de Quito, la deposición de las autoridades coloniales, la declaración de independencia, el combate final por ella, y dos magnicidios de los que no puede enorgullecerse. Además, porque la rebeldía contra el “orden” –en este caso, contra el sistema– ha sido también característica de su literatura: recuérdese a Eugenio Espejo y a los periodistas de *El Quiteño Libre*. Recuérdese, también, que muchas escenas de su historia, actos de desahogo de la pasión patriótica, del inconformismo político o de confirmación de la fe revolucionaria, así como su expresión poética, suceden en Quito en cuanto símbolo del Poder, sede del Gobierno y Capital de la República. Y, finalmente, porque no le está permitido a antólogo alguno, menos aún a una autoridad cualquiera, establecer una censura contra una de las más altas y nobles actitudes de la poesía en la historia de la literatura universal.

Casi siempre el nombre de la ciudad, o el del personaje histórico evocado, figura en el poema, muchas veces desde el título; pero hay algunos textos, recogidos en la presente antología, que, aún cuando no lo digan expresamente, hablan de ella: basta conocer la ciudad –y en algunos casos la biografía del poeta– para saber que, por ejemplo, “5 a.m.”, de Noboa y Caamaño; “Éxodo”, de Gonzalo Escudero; o “Ciudad a oscuras”, de Dávila Andrade, sólo pueden referirse a Quito.

Esa predilección –por su orografía, que remite frecuentemente al Pichincha y al Panecillo, por su urbanismo y las mil referencias a la Plaza Grande y la Calle de la Ronda o por las figuras de su historia, desde Atahualpa hasta Eloy Alfaro– no es exclusiva de los



ecuatorianos a quienes podría atribuírseles, injustamente, en lugar de la admiración y el amor, cierto patriotismo lírico que jamás ha ido del brazo de la verdadera poesía, como lo demuestran el número impresionante de textos que no pudieron encontrar aquí cabida: Carlos Sabat Ercasty, Vicente Huidobro, Henri Michaux, Pablo Neruda, Jean Samuel Curtet figuran entre más de cuarenta poetas a quienes la ciudad de Quito ha reunido en el presente volumen. Cabe, pues, recordar que no se trata de una simple antología poética sino de una sobre un tema preciso. Entre muchas posibilidades de ordenación

antológica se ha optado por la reconstrucción histórica, cronología de la ciudad antes que de la poesía ecuatoriana, lo cual volvió innecesario, a más de imposible, el análisis crítico de la obra de los poetas convocados por Quito. ▣

Jorge Enrique Adoum (Ambato, 1926 - Quito, 2009). Poeta, ensayista y escritor ecuatoriano. Su obra en verso aparece a partir de 1949. Por *Los cuadernos de la tierra* recibe en 1952 el Premio Nacional de Poesía; y en 1960 el Premio Casa de las Américas en La Habana. Por su novela *Entre Marx y una mujer desnuda* obtuvo el Premio “Xavier Villaurrutia” (México, 1976). En 1989 el gobierno ecuatoriano le otorgó el Premio Nacional de Cultura “Eugenio Espejo” en reconocimiento a la totalidad de su obra. El texto que aquí publicamos nos fue proporcionado por su hija Alejandra, en Quito precisamente.